

Siguiendo la transformación definida en las clasificaciones recordadas, podrían agruparse los métodos psicológicos con otra disposición jerárquica y modificando su nomenclatura, para hacer constar que todos los métodos se reducen a uno sólo: la observación.

1.º Observación exterior (extrospección): método objetivo.

2.º Observación interior (introspección): método subjetivo.

3.º Observación condicionada (experimentación): método experimental.

La mayor o menor eficacia de esos métodos queda librada a las aptitudes del psicólogo, cuya «ecuación personal» varía de la mediocridad hasta el genio. La extrospección es un método tan provechoso en manos de un Ribot o un Janet, como la introspección en las de un Rousseau o de un Stendhal, o la experimentación en las de un Wundt o un Binet. El peligro de los métodos exclusivos aumenta sobremanera cuando ellos son manejados por principiantes o segundones.

III.—LA OBSERVACIÓN EXTROSPECTIVA

Las funciones psíquicas son el resultado complejo de excitaciones externas o internas que determinan reacciones adaptativas de los seres vivos al medio en que viven. Esas reacciones se traducen por movimientos generales o parciales, efectivos o potenciales, que constituyen la actividad de los organismos y exteriorizan su funcionamiento psíquico. La *expresión de los estados psíquicos* tiene, pues, una significación más amplia de la que suele atribuírsele. «Para nosotros comprende todos

los efectos transitorios o permanentes de reacción en los que se transforma o deja rastro toda variación funcional de los centros psíquicos, y que pueden ser accesibles a nuestro examen» (1). No debemos limitarnos a observar la actitud, la mímica, la fisonomía y el lenguaje hablado o escrito, sino también los productos de la actividad mental, sus acciones sobre el medio ambiente: todo lo que es una condición intrínseca o un resultado extrínseco de los fenómenos estudiados.

En otros términos, diremos que la actividad psíquica de todo sér vivo se traduce por un conjunto de actos que constituye su *conducta*, considerando a este término en su más amplio sentido. Adviértase que los actos pueden ser o no voluntarios, ser o no conscientes, sin que ello los sustraiga a nuestra observación; la actividad mental automática e inconsciente nos interesa tanto como la otra. La observación de los seres que piensan es el método más fecundo para la psicología. Ella nos permite describir las manifestaciones de la función de pensar; el objeto de una ciencia natural es, en primer término, describir con la mayor exactitud posible los hechos que entran en sus dominios particulares. Adviértase que, á pesar de la tendencia técnica de los psicólogos profesionales, la psicología ha sido en todo tiempo un *conocimiento empírico fundado en la observación exterior*; los mejores psicólogos de todos los tiempos han sido los hombres políticos que han observado e interpretado con más exactitud el «alma» de los demás hombres. Después de ellos encontramos a los grandes escritores literarios; los filósofos especulativos y los psicometristas contemporáneos ocupan un rango muy subalterno como observadores. Para ser psicólogo es necesario haber nacido

(1) Morselli: *Semeiotica delle Malattie mentali*, Vol. II, páginas 125 y siguientes.—Warner: *Physical Expressions, its modes and principles*, Londres, 1885.

con aquel «*esprit de finesse*» de que hablaba Pascal, y hay que educar esa aptitud natural viviendo mucho entre los hombres, observándolos siempre, en todos sus actos, a todas las horas, hasta hacer de la observación el hábito predominante de toda la vida. Los conocimientos técnicos y la erudición profesional pueden ser útiles para formar un *profesor de psicología*; las aptitudes congénitas y el hábito de la observación son indispensables para ser un *psicólogo*, que es cosa bien distinta. Y muchas veces su antítesis.

La observación exterior merece anteponerse a la observación introspectiva de los escolásticos y a la observación condicionada de los experimentalistas.

Ardigó ha escrito páginas admirables sobre la importancia y amplitud que debe darse a la observación exterior en psicología. «Muchos no comprenden de qué manera pueden adquirirse conocimientos psicológicos fuera de la reflexión introspectiva. Creen que si otros no detienen y circunscriben a ella toda su atención, dejándola vagar sobre otros objetos, podrán hacer física, fisiología o algo por el estilo, pero nunca psicología propiamente dicha. Este es un error muy difundido. Hay quienes se atienen al viejo método como temiendo que el nuevo les haga escapar el alma, y los hay que, por temor de encontrarse con ella, se entregan al método experimental, creyendo que de esa manera sólo tendrán que habérselas con células, fibras, fluidos, choques y movimientos. Ambos juicios se fundan en una idea muy imperfecta de las funciones psíquicas.

«Dice el positivista: para tener indicaciones sobre mi pensamiento, miro en torno mío y se las pido a toda clase de cosas. Interrogo los gestos, las voces, los actos, las costumbres del hombre civilizado y primitivo, del animal salvaje o domesticado, en la juventud y en la vejez, en la tranquilidad y en la pasión, en estado normal y en las desviaciones notorias, en la salud y en la enfermedad,

bajo la influencia de excitantes y de sedantes, durante el uso total o parcial de los órganos: en una palabra, en todos sus estados o condiciones naturales o artificiales. Y no me contento con observar sus modos y sus formas, sino que enumero las cosas y hago su estadística. Me es útil un jeroglífico, una cifra, un monumento, un dibujo, un arnés, un instrumento, un ídolo, un templo; es decir, cualquier obra de arte o de industria. Estacas plantadas en hileras sobre el fondo de un lago o en una marisma, restos de armas rudas o de alimentos salvajes, una sepultura, una simple piedra tocada ha miles de años por la mano del hombre y encontrada entre las arenas o pedregal, atren mi atención vivamente. Con sumo cuidado estudio en un vocablo, aunque sea el de una lengua muerta, las sucesivas sobreposiciones de las partes, las inflexiones sufridas y los arreesamientos de los sonidos que lo constituyen, pues ellos atestiguan el incesante trabajo transformador y restaurador sufrido en el curso de los siglos, y procuro descubrir en su clara base etimológica el testimonio de su primer uso y valor. Examinó y comparo con grandísimo cuidado ciertos órganos animales en las diversas formas que nos muestra la serie animal, inclusive los fósiles, y en los grados del desarrollo embrional; me detengo sobre todo en el sistema nervioso y en los instrumentos sensoriales, donde me interesa particularmente descubrir y comparar todo lo que se refiere a su íntima estructura, a la rapidez de sus movimientos, al equivalente mecánico y al proceso de la actividad fisiológica, y a las relaciones de cada órgano con los demás y con los agentes externos. Nada descuido, en suma, donde creó encontrar algo que me permita conocer la acción de mi pensamiento, o de otros semejantes al mío. Y con eso no quiero decir que yo confundo mi pensamiento con esas cosas; los fenómenos psíquicos, propiamente dichos, son tan diferentes de esos otros fenómenos que,

estando sobre aviso, no es posible confundirlos con ellos.

»Si se hace pasar un haz de luz solar a través de un prisma de vidrio, se tienen los colores del espectro. Si el haz atraviesa un cristal de espató de Islandia, se obtienen dos haces polarizados. Una burbuja de jabón, hinchándose, presenta colores iridiscentes, debidos a fenómenos de interferencia. Y es de preguntar: ¿los colores del espectro, los haces polarizados, los tonos iridiscentes, dejan de ser la luz propia del sol porque se los obtiene mediante el prisma, el cristal de espató o la burbuja de jabón? La luz es la misma. Esos cuerpos no le han agregado nada propio; ellos no han hecho más que disgregar sus elementos, o presentarlos bajo un aspecto nuevo, o coordinarlos de otra manera. Y así, al mismo tiempo que hemos continuado gozando de la luz solar en su plenitud primitiva, por intermedio de ellos hemos tenido oportunidad de estudiar sus leyes y su naturaleza. Ello sería imposible por la sola observación directa. Y bien, el caso de la psicología es enteramente análogo al de la óptica. Un gesto de un animal, un instrumento de arte, una palabra, un órgano sensitivo, y todo lo restante, no se toman como otros tantos fenómenos psíquicos en sí, sino como simples prismas, por así decir, que refringen el pensamiento y descomponen sus elementos, con el objeto de analizarlos.

»Se dirá, acaso, que la comparación no es legítima, siendo inexacto que de esos objetos materiales se pueda adivinar la naturaleza demasiado diversa de las funciones mentales. ¿Cómo sostener tal cosa? Todos los hechos convergen a desmentir esa objeción. Un gesto de la mano, una mirada, una lágrima, una sonrisa, tienen el poder de conmover, de deprimir, de exaltar a quien los observa: lo tienen porque ellos nos revelan los sentimientos del ser en quien lo observamos. Pocas cifras toscamente esculpidas sobre una piedra pueden repre-

sentar un entero y grandioso sistema de pensamientos: la doctrina de un filósofo, la sabiduría de una institución, la historia de un pueblo. Los conceptos de la mente y las fluctuaciones de los sentimientos se expresan de la manera más eficaz hasta en las formas inmóviles, frías y descoloridas de una piedra esculpida: al que mira la antigua Niobe de la Galería Real de Florencia, que aprieta contra su seno a la hija y vuelve los ojos al cielo en actitud de implorar, la actitud casi parlante de la masa insensible le enternece el corazón, tan vivamente expresa el dolor desesperado de una madre infeliz. ¿Qué más? Un tosco palo plantado en el limo de un bajo fondo y apenas asomando a flor de agua, confía al navegante que pasa el pensamiento del hombre que lo ha plantado y le advierte que evite el lugar peligroso. ¿Para qué buscar más ejemplos, si podría preguntarse qué sería de la mente humana si al hombre no le fuese dado conocer los pensamientos por sus expresiones físicas? Cada hombre estaría condenado a vivir con sus puras sensaciones. No podría aprovechar de la experiencia ajena. Imposible le sería el dar o recibir educación, ni el vivir en sociedad. Su condición sería más baja que la de los salvajes, más baja que la de los mismos animales.

»Así como los fenómenos externos son aptos para revelar los internos en su forma más clara y sincera, también es cierto que sería imposible resolver el enigma de la conciencia sin aprovechar la ayuda que nos prestan, poniéndonos sobre el rastro de sus secretos, indicándonos sus elementos, sus leyes, sus procesos evolutivos en el hombre y en la sociedad.

»Cómo es el hombre internamente, o bien cuáles sean los varios aspectos de su actividad psíquica, nosotros no lo sabríamos bien ni podríamos decirlo, sino por la expresión exterior de esa actividad. El llanto, la risa, las líneas contraídas o suaves, el ojo centellante u

opaco, el acento dulce o vibrante, y así de seguida, son los elementos que nos permiten saber algo sobre nuestros estados afectivos, sobre su carácter y naturaleza. Por eso los insuperables cuadros plásticos de la *Divina Comedia* del Dante y de los dramas de Shakespeare, sirven más que todos los tratados filosóficos sobre la materia para hacernos conocer la gama infinita de los sentimientos humanos. La exageración misma de los relieves, que se observa en esos cuadros, no perjudica, antes sirve al efecto, pues esos sumos intérpretes del corazón humano nos presentan el hecho agrandado, pero no falseado, a la manera de un microscopio que agranda y deja ver las cosas más diminutas sin alterar sus formas y condiciones. Al afirmar que el hombre es un sér lógico, moral, social, religioso, amante de la belleza, los metafísicos creyeron que lo hacían por un simple raciocinio de su conciencia inteligente; olvidaron, sin embargo, que no habrían podido afirmarlo, sino después de haber observado su conducta y escuchado sus palabras, después de observar sus ritos y construcciones religiosas, sus obras de arte y los rastros materiales de las civilizaciones sucesivas. Y sólo estuvieron en lo cierto cuando fundaron sus afirmaciones psicológicas sobre la observación exterior de los hechos. «Queremos nosotros completar esas nociones, si defectuosas, y corregirlas, si falsas? Busquemos por todas partes las manifestaciones objetivas de la inteligencia humana. Sólo el conocimiento exacto de su actividad puede darnos un conocimiento exacto de sus ideas» (1).

Los párrafos elocuentes del filósofo italiano ponen de manifiesto la importancia primordial de la observación exterior.

Es innegable que la interpretación de esos signos

(1) Ardigó: *Psicología*, parte IV, págs. 174 a 178 (2.ª edición).

expresivos de la actividad psíquica puede ser falaz; pero ello nada probaría contra la utilidad de su observación sistemática, sino contra la impericia del observador. En psicología, lo mismo que en cualquiera otra ciencia. Ribot señala el peligro de atribuir nuestra propia manera de pensar y de sentir a los individuos que observamos; James enuncia esto mismo entre las «falacias del psicólogo». Hay que estar prevenidos contra esa ilusión, tan frecuente en los que estudian la psicología de los animales, de los salvajes y de los niños; pero como crítica del método no tiene valor, pues se limita a indicarnos que es necesario observar bien.

La observación exterior es el único método aplicable a todas las formas de evolución de las funciones psíquicas.

La *filogenia psíquica* sólo podemos reconstruirla mediante la observación de la conducta de los seres vivos, es decir, estudiando los modos de expresión de sus funciones psíquicas. Coopera al estudio de esas funciones el examen de las formas orgánicas, siendo esa una aplicación particular del principio biológico general que establece la correlación entre las formas y las funciones. La *psicología comparada* y sus ciencias auxiliares (embriología, morfología, paleontología y fisiología comparadas), se han constituido casi totalmente mediante la observación exterior. El concurso de la introspección es nulo, por definición. Las experiencias de zología experimental son recientes; aunque interesantísimas, poco representan en el conjunto de nuestros conocimientos sobre la evolución mental en la filogenia.

La *sociogenia psíquica* se funda casi exclusivamente en la observación exterior. La historia natural de las sociedades humanas y de las representaciones mentales colectivas es puramente descriptiva y retrospectiva. La etnografía, la paleografía, la filología y la arqueología nos permiten reconstruir la mentalidad de los pueblos

primitivos mediante la observación de rastros materiales dejados por ellos en los sitios que habitaron. La historia general de la humanidad o de las razas, lo mismo que la historia particular de las naciones o de las tribus, sólo podemos conocerla por descripciones. El desenvolvimiento mental de la especie humana no es accesible a la introspección ni a la experiencia; los recientes ensayos pseudo-experimentales sobre grandes masas de sujetos (encuestas) pertenecen al método introspectivo y reflejan la psicología individual de los sujetos encuestados.

La *ontogenia psíquica* sería inconcebible sin la observación exterior. Todo el período inicial de formación de la personalidad permanece inabordable para la introspección y la experimentación. El estudio sintético de la personalidad se ha hecho en todo tiempo comparando a los hombres entre sí. La etología o ciencia de los caracteres nació de la observación empírica; lo fue en Teofrasto y La Bruyère y lo es en los modernos tratadistas del carácter: los Mill, Azam, Pérez, Ribot, Paulhan, Binet, Fouillée, Del Greco, Mantegazza y cien más. El estudio sintético de la psicología individual fue siempre extrospectivo; todos los biógrafos, desde Plutarco hasta Carlyle, hicieron psicología empírica sin recurrir a la introspección o la experiencia sobre los biografiados.

Y también podemos observar las múltiples facetas de la actividad mental leyendo las obras de profunda psicología creadas por los escritores geniales; esos personajes de Cervantes, de Goethe, que parecen tallados en granito viviente; esas siluetas delineadas a punta de acero por Dostoyewsky y por Bourget; esos análisis de sentimientos enfermizos tan agudamente observados por D'Annunzio y esas tonalidades del sentimiento femenino disecadas con escalpelo aterciopelado por Prévost. Toda esa es psicología descriptiva, empírica y extrospec-

tiva de la mejor ley; ¿o pretenderemos que no han podido ser psicólogos los que no profesaron su enseñanza técnica?

Y toda la psicología clínica moderna, iniciada por Ribot, ¿no es acaso un producto de la observación exterior? La actual enseñanza de Janet y Dumas converge al estudio de sujetos mediante la observación, reuniendo todas las expresiones de sus estados psíquicos. ¿Y qué es, sino psicología extrospectiva, la infinita descripción de casos clínicos que llena centenares de libros y revistas, reuniendo las observaciones de tantos psicopatólogos y psiquiatras? El mismo método anatomo-clínico es un método de observación extrospectiva, y son extrospectivas la embriología, la morfología, la antropología, la anatomía, la histología, la física biológica, la química biológica, ciencias auxiliares todas ellas de la psicología individual.

No entraremos a describir detalladamente las diversas aplicaciones de cada método; su descripción figura en los manuales. Sólo nos interesa consignar la importancia sobresaliente de la observación extrospectiva, frente a la introspección y a la experimentación.

IV. — LA OBSERVACIÓN INTROSPECTIVA

La observación interior, o introspección, llamada también reflexión interna, ha sido el método clásico de la antigua psicología. Ella se practica cada vez que el observador enfoca su atención sobre los fenómenos de su propia actividad consciente; esa sería la única y exclusiva manera de conocer los fenómenos de la «conciencia», según se repitió desde Platón y Aristóteles hasta

Descartes, quien consagró con su autoridad este grave error, profesado más tarde por los eclécticos franceses y en nuestros días por todas las escuelas espiritualista (inclusiva la «intuición empírica» sobre los «datos inmediatos de la conciencia», prohijada por James, Bergson y otros).

La fuerza de la tradición, y el no tener un concepto claro de la «conciencia», induce a muchos psicólogos biólogos a seguir concediendo el primer rango entre los métodos psicológicos a la introspección. Sin embargo, lo que ella nos revela acerca de la vida psíquica individual, la parte consciente, sólo es una muestra superficial de actividades que escapan a nuestro análisis. Con frecuencia se cree que ella es todo y nos dice todo; sin embargo, la actividad psíquica consciente sólo es el resultado de procesos que se elaboran continuamente en nosotros, sin que los conozcamos. Por eso el examen subjetivo de la actividad consciente sólo puede iluminar una zona estrecha de la vida mental; las funciones psíquicas seguirían siendo un vasto y profundo mar inexplorado sin el concurso de la observación exterior, común a todas las ciencias biológicas y sociales.

Su aplicación, reducida para el conocimiento de las funciones psíquicas en el individuo (ontogenia psíquica), es absolutamente nula en psicología animal (filogenia psíquica) y en psicología social (sociogenia psíquica). Es nula por la definición misma del método introspectivo.

Es inexplicable que maestros como Ribot (que ha aplicado con éxito los métodos extrospectivos) persistan en alimentar el viejo prejuicio. «El método de observación interior o introspección (mirar para dentro), a pesar de su carácter subjetivo, y, por consiguiente, estrictamente individual, es el método fundamental de la Psicología, condición necesaria de todos los demás, y quizá el único que ha sido empleado por espacio de

varios siglos. Primeramente importa distinguir entre la simple conciencia, que cada uno tiene de lo que pasa en él, y la observación interior propiamente dicha. En todos los momentos de su vida el hombre normal conoce sus sensaciones, sus sentimientos, sus actos; pero ese conocimiento de una receptividad casi pasiva, no tiene nada de común con un método. El amante que se contenta con gozar o con sufrir su pasión, no hace psicología; pero si reflexiona acerca de las causas de su amor, acerca de sus fluctuaciones crecientes y decrecientes, acerca de su suerte duradera o frágil, y si la compara con otras, entonces esboza una psicología de su pasión. Por lo tanto, el método psicológico empieza con la *reflexión* sobre sí mismo y la analiza. No todo el mundo posee la aptitud de la introspección; algunos la tienen en alto grado: esos han nacido psicólogos. Es fácil comprobar el aumento de ese poder de observación por la influencia de la repetición, de la disciplina, del aprendizaje, y el individuo tiene conciencia de ese aumento; comprueba en sí una experiencia mayor, porque en un estado complejo puede descubrir muchos elementos más simples cuya existencia no suponía; sobre poco más o menos, lo mismo que un oído ejercitado, puede percibir en un sonido musical los sonidos armónicos. Por lo demás, la experiencia diaria nos muestra personas que, sin ninguna pretensión de la práctica de un método, son capaces de analizar lo que han sentido, imaginado y calculado en ciertas condiciones de la vida. La psicología presenta, pues, esa particularidad; observa directamente los fenómenos que son su materia de estudio, mientras que las ciencias naturales que tienen por objeto estudiar el mundo exterior, lo observan por medio de los sentidos o de los instrumentos que amplían los sentidos. Desde ese punto de vista tiene una superioridad respecto a las ciencias del mundo exterior; porque los hechos que estudia, como son conocidos por la